

Resumen

Este trabajo consiste en una lectura sociológica parcial del "efecto-Malvinas" sobre el imaginario social, utilizando como fuente empírica los diarios de circulación masiva nacional. A partir del relevo de la cobertura periodística del aniversario del 2 de abril en el año 2005, establecemos el "sentido común" que se ha construido socialmente para incorporar este episodio particular de la historia nacional en un relato identitario mayor. Las estrategias discursivas encontradas incluyen el borramiento de elementos contradictorios y el énfasis puesto en aspectos coherentes una visión de la historia reciente en la que un grupo social cuidadosamente delimitado, "los militares", ocupan el polo negativo en tanto victimarios de un grupo mucho más amplio, "la sociedad", que aparece como "la víctima".

Palabras clave: Periodismo e historia - Guerra de Malvinas - Memoria e historia -Imaginarios nacionales – Nacionalismo.

Si hay un episodio en la historia argentina que todavía resta explicarse es la Guerra de Malvinas. Explicarse en términos políticos, desde la teoría de las relaciones internacionales y desde la historia, pues la vulgata rápidamente instalada al finalizar el conflicto se ha tornado insatisfactoria. Más de veinte años después, es asombroso que la historiografía local no haya encontrado alguna explicación más refinada, o por lo menos más completa, que la idea de que la guerra fue el manotazo de ahogado de una dictadura en retirada para lograr apoyo popular (1). No es que esta hipótesis sea por completo errónea o que no estemos de acuerdo con ella; es que parece necesitar varios otros elementos para sostenerse y, sobre todo, para explicar no la iniciativa de recuperar las islas en una operación militar breve y contundente, sino la decisión más discutida y "meditada" (por lo menos, a lo largo del mes que va del 2 de abril de 1982 al 1º de mayo del mismo año, tiempo en que, frente a la imposibilidad de negociar, se podrían haber retirado las tropas) de encarar una guerra contra una potencia en el nivel mundial. Es decir, la historiografía nos debe una explicación de por qué fuimos a una guerra como país, no de qué pasaba por la cabeza de Galtieri la noche del 1º de abril.

No es nuestra intención darla; más bien, partiendo de la insatisfacción mencionada frente a las versiones al uso, en cierta medida nuestra ambición es explicar esa ausencia y, en términos más generales, analizar el modo en que la sociedad argentina recuerda (y olvida) el único conflicto bélico en el que estuvo seriamente involucrada durante el siglo XX. Analizar el imaginario que se ha construido en torno de la Guerra de Malvinas permitirá también entender las políticas actuales, tanto desde el Estado argentino en el plano internacional como de los distintos actores de la sociedad; el imaginario, como ha analizado Baczkó, hace la historia tanto como las condiciones materiales que le dan sustento (Baczkó, 15 y siguientes), y en este sentido decisiones políticas centrales pueden explicarse, al menos parcialmente, a partir de las representaciones históricas más difundidas en una sociedad.

En el marco de ese proyecto a largo plazo, nos proponemos aquí realizar una suerte de "estudio exploratorio" para comprobar algunas hipótesis preliminares y comenzar a relevar las fuentes documentales. Con ese objetivo, analizaremos una serie de representaciones del episodio en la prensa periódica. Partimos de una idea del sentido común de los argentinos: la causa de la guerra en la memoria colectiva se asocia a un gobierno dictatorial decadente que buscaba un modo de perpetuarse en el poder. ¿Por qué tomó forma esa idea? ¿A qué intereses sociales sirve, qué papel juega en la existencia misma de esa sociedad?

1. Algunos datos básicos

La Guerra de Malvinas fue un breve conflicto bélico ocurrido en 1982 que marcó notoriamente la pérdida del poder y del apoyo popular que había acompañado a la dictadura militar iniciada en 1976. Si bien la decadencia del "Proceso de Reorganización Nacional" (tal era el nombre oficial) puede verse antes, desde el llamado al "diálogo político" en marzo de 1980, los cambios de presidente (el general Videla, quien estaba en el cargo desde el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976, por el general Viola en marzo de 1981 y luego por el general Galtieri en diciembre del mismo año) y, sobre todo, los fracasos de la política económica de Martínez de Hoz en 1980 y de Sigaut en 1981 imprimieron un ritmo más acelerado a esa decadencia. El 2 de abril, sorpresivamente, el presidente *de facto* Galtieri despertó a los argentinos informando que se habían recuperado las Islas Malvinas

luego de casi ciento cincuenta años de usurpación inglesa (2). La rápida derrota ocurrió el 14 de junio del mismo año, con casi setecientas bajas en las tropas argentinas. Inmediatamente, en la política doméstica como en la internacional, se renovaron las presiones para una convocatoria a elecciones. El general Bignone reemplazó a Galtieri y un año después, en octubre de 1983, los argentinos eligieron presidente a Raúl Alfonsín, quien asumió en diciembre de ese año.

Terminado el conflicto, la guerra fue rápidamente olvidada, los veteranos escondidos, la memoria oficial cerrada. La llegada de la democracia conllevó una fuerte revisión de todo el gobierno militar de la cual la guerra no estuvo excluida, para ser considerada un grueso error, pero no con un papel principal: la figura del desaparecido y la "guerra sucia" (la represión ilegal de opositores políticos, que incluía la tortura y la desaparición forzada de personas, es decir, el secuestro y asesinato paraoficial) ocuparon el centro de la memoria colectiva respecto de la última dictadura.

2. Algunas precisiones metodológicas

La cultura argentina tiene hoy una versión de esa guerra, una memoria que constituye un relato convincente, pues esa versión recuerda aspectos secundarios y borra incoherencias. Casi como extraída del manual del nacionalismo, se ha hecho cierta la afirmación de Renan: una nación, para poder existir, tiene que olvidar, es decir, tiene que recordar selectivamente. Tomamos la definición de cultura de Max Weber que Clifford Geertz ha actualizado y cargado de implicancias conceptuales: la cultura como una trama de significados creados por el hombre, que no puede vivir fuera de ella (Geertz, 20). En esa trama densa estamos instalados como observadores, pero también como participantes activos; por eso, proponemos más un trabajo de corte hermenéutico que materialista o comprensivo. Hacemos nuestro el reclamo de Geertz de estudiar no la aldea, sino en aldea, insertos nosotros mismos en esa trama de significados: hacer una interpretación densa del modo en que una cultura representa un hecho particular de su propia historia (Geertz, 32-33). Es decir, el modo en que nuestra cultura representa un hecho particular de nuestra historia.

En este caso, una cultura *nacional*. En cierta medida, la nuestra parece una pretensión anacrónica: la globalización del mercado y de la cultura, la internacionalización de los gobiernos y la localización de los conflictos sociales han desdibujado los límites y los alcances de la idea de una sociedad nacional. Por un lado, las empresas transnacionales determinan rumbos políticos y diseñan nuevos sueños para el consumo masivo, sea *La guerra de las galaxias* o *Harry Potter*; por el otro, las metas que los actores políticos de la sociedad civil se fijan tienen un alcance local, tanto en términos territoriales (municipales o a lo sumo zonales) como de áreas de gobierno (políticas ambientales, de seguridad social, laborales, etc.). Al mismo tiempo, en la Argentina se ven fenómenos de entrecruzamiento de ambas tendencias cuando un movimiento cultural adquiere un contenido político (el experimento de Teatro por la Identidad, por ejemplo, en el que grupos de teatros formados y activos asumen un mensaje explícito para colaborar con reclamos específicos de las Abuelas de Plaza de Mayo) o cuando un grupo político recurre a la producción artística como medio de expresión y reclutamiento de cuadros (el vasto resurgir murguero de barrios pobres de Buenos Aires y del Gran Buenos Aires, en el que dirigentes de izquierda populista imaginan un espacio de pertenencia para chicos y adolescentes). Sin embargo, el interlocutor, en todos los casos, sigue siendo la nación: tanto para la Organización de las Naciones Unidas como para el movimiento piquetero, tanto para una multinacional como para un comedor barrial, el lugar donde reclamar es el Estado nacional. La razón principal es que el Estado sigue siendo el portador del poder legítimo en una sociedad dada, con el monopolio del uso legítimo de la fuerza y la capacidad de la extracción legítima de la riqueza (3).

Pero también la nación sigue siendo la principal identificación identitaria, al menos en nuestro país. Pese a la licuefacción de los sólidos de la que habla Zygmunt Bauman, el campo de análisis, en lo que hace a este trabajo, se acota necesariamente a la sociedad nacional, tal como es el presupuesto de los textos clásicos de la sociología. La nación como identidad es uno más de los sólidos que se han tornado líquidos, y en ese sentido es válido reconocer los límites de un estudio de este tipo: cuando hablamos de memoria nacional, hablamos de una memoria fragmentaria y fragmentada, que encuentra matices y contradicciones en cada grupo social y aun en cada individuo; pero, ¿fue acaso alguna vez distinto en la experiencia argentina?, ¿realmente se puede hablar de una identidad nacional "total"? Si a lo largo de la historia del siglo XX las oposiciones políticas tomaron un aspecto generalmente absoluto (de modo tal que para un correligionario o un compañero esa identidad era previa a -porque era formadora de- la de argentino), justamente en el aspecto que nos ocupa podemos ver una constante: la reivindicación de la soberanía sobre las Malvinas, junto con San Martín, la bandera y el himno, era uno de los pocos elementos de la identidad nacional fuera de toda discusión (4). Hoy la identidad nacional está enclenque, discutida, licuada, y con ella estas constantes, pero al mismo tiempo resiste como un espacio de identidad fuerte frente a otras identidades, aun cuando se exprese en actividades culturales o deportivas; basta apreciar la importancia social de la actuación de las selecciones nacionales de distintos deportes en la vida cotidiana de los argentinos.

Como analiza Anthony Giddens, cuando se trata de entender por qué los individuos participan en una sociedad -y en su caso

particular, el “problema del orden”- la explicación parece oscilar entre un voluntarismo pleno y una conducta orientada por normas y reglas (Giddens, 119). Retomando a Talcott Parsons, se pueden reconciliar esas dos posturas al entender la libertad del sujeto actuante como un valor introyectado por la sociedad; si los individuos participan de la sociedad, es en respuesta a sistemas sociales que los incluyen y determinan su deseo de hacerlo al crear “disposiciones de necesidad de la personalidad” (Giddens, 121; Parsons, 23-30). En el caso de la sociedad nacional, ha sido largamente señalada la influencia de la institución escolar en la creación de un vínculo afectivo con el colectivo denominado “nación”. Para los individuos adultos, sin embargo, y teniendo en cuenta la historia argentina reciente (además de las especulaciones de Bauman que mencionamos antes), que ha puesto en duda la validez de una identidad nacional, el aspecto voluntario se presenta con mayor fuerza: ser argentino se parece cada vez más a una obstinación y menos a un destino. El modo en que se construye una memoria que posibilite producir una identificación se hace entonces más importante todavía que en el pasado (volveremos sobre esto).

3.1. La memoria y los medios

Sin embargo, analizaremos aquí esa memoria nacional en un espacio restringido, el de los medios de comunicación y en particular la prensa escrita. Como ya aclaramos, abordamos este *corpus* restringido para elaborar hipótesis de mayor alcance, justamente porque nos ofrece un conjunto cerrado y manejable de textos (5). Específicamente, hemos relevado la información brindada por algunos diarios de circulación nacional el último año con motivo del aniversario de la recuperación de las islas, con el afán de cubrir un espectro ideológico amplio: 1) *Clarín*, el diario masivo, ideológicamente situado en la centroizquierda, aunque eventualmente adopte posiciones conservadoras en algunos temas (generalmente, cuando se trata de temas en los que la mayoría de la sociedad también tiene esa postura); 2) *La Nación*, el diario liberal tradicional, políticamente conservador y el segundo más leído; 3) *Página 12*, el diario de la izquierda oficialista; 4) *Infobae*, el diario “neoliberal”, más extremista en sus posiciones a favor del mercado que *La Nación* y más cercano también a posiciones autoritarias.

Evidentemente, los medios no reflejan -y menos todavía pretendemos que estos medios en particular lo hagan- la memoria social en su conjunto ni transparentemente; los medios de comunicación la comunican, justamente, *mediada*. Pero al mismo tiempo los medios de comunicación construyen la memoria autorizada: dicen *lo que se puede decir* en una sociedad, pues su grado de publicidad los expone a la censura inmediata. Danièle Hervieu-Léger analiza el fenómeno de la memoria en la religión, la cual “implica una movilización específica de la memoria colectiva” (Hervieu-Léger, 9). En ese caso, la memoria colectiva está contenida en las estructuras, el lenguaje y las demás prácticas cotidianas de la religión; en el caso de esa otra comunidad de fe que se llama “nación”, la memoria también está inscrita en sus estructuras -políticas, económicas y sociales-, en sus prácticas cotidianas (ceremonias, recordatorios, monumentos, etc.) y en su lenguaje, o, mejor dicho, en los productos de su lenguaje, en sus textos: no lo que se puede decir en un sentido gramatical, sino lo que se puede decir socialmente, lo que se acepta como cierto y no recibe censura. Por eso, pese a que sólo trabajamos con un fragmento de esa memoria nacional, ese fragmento es relevante para nuestro propósito. La idea de una “memoria nacional”, absolutamente inasible en su totalidad, puede expresarse aunque sea parcialmente, sin embargo, en esa memoria autorizada (6).

3.2. ¿La guerra de quién?

El primer aspecto notorio de la memoria de la Guerra de Malvinas es el modo en que la guerra aparece como “algo de los militares”. En el recordatorio del 2 de abril de 1982, los periódicos en general aceptan el reclamo de la soberanía. Sin embargo, a la hora de editorializar la conclusión puede expresarse con una frase repetida con distintas variantes: se trataba de una causa justa, pero de una guerra injusta. El único motivo de la guerra mencionado es el deseo de Galtieri de perpetuarse en el poder, debido a ambiciones personales o, como mucho, corporativas por parte de las Fuerzas Armadas. El apoyo de la ciudadanía común es entendido, en general, como un producto de la “manipulación” de los factores de poder y la respuesta favorable de otros actores, como intelectuales, políticos, periodistas, gremialistas y empresarios es rara vez mencionada. Así, la guerra es menos un episodio de la historia de los argentinos como colectivo que un ejemplo más de una censura en la sociedad que organiza dos bandos: “los militares” por un lado, “la sociedad” por el otro. Si en algún momento actuaron en el mismo sentido, esto se debió a la manipulación mencionada: “una de las reivindicaciones históricas y más sentidas de la ciudadanía” fue aprovechada por “una dictadura militar que buscó legitimarse” (*Clarín*, 4/4/06). Incluso en una investigación periodística del mismo diario sobre la colecta que organizó el gobierno se dice que “documentos inéditos permiten reconstruir la ruta del oro que se juntó *gracias a la ayuda de la sociedad*” (*Clarín*, 3/2/06, subrayado nuestro). La sociedad, entonces, ayudó a combatir en la guerra, pero nunca fue partícipe de ella. *La Nación*, en el mismo sentido, va más lejos todavía: “El tiempo transcurrido permite distinguir con claridad entre el gesto imprudente e irracional de una dictadura en retirada, que intentaba retener el poder de cualquier modo, y el sentimiento de patria que moviliza a los argentinos para recuperar lo que es propio” (*La Nación*, 3/4/05).

Sin embargo, frente a esa interpretación casi monolítica, un resquicio se abre cuando la prensa trata un costado particular de la guerra, la herencia más pesada de todas las que dejó: la situación actual de los veteranos. La presencia de los valores nacionalistas (coraje, heroísmo, entrega por la patria) es resaltada, aunque se la haga encajar en el esquema mayor: si la guerra fue injustificada e injusta, los ex combatientes son presentados como víctimas del conflicto, del mismo modo que “la sociedad”. Esta representación es la que se construye en particular en torno a los conscriptos, pero también los militares profesionales. La excepción esperable, en este caso, es el *Página/12*: al referirse al alto número que reclama beneficios económicos por su actuación en la guerra, menciona que “para los ex soldados que pelearon en las islas esa cifra fue ‘inflada’ para que muchos militares que no llegaron a combatir puedan cobrar los subsidios” (*Página/12*, 3/4/05), aunque inmediatamente después diga que para el Ejército la cantidad total de combatientes es de 14.210, frente a los 25.528 que contabiliza la Comisión Nacional de Ex veteranos de Malvinas (organismo civil dependiente del ministerio del Interior). Aún se cuestiona que los militares profesionales cobren un suplemento por haber participado en la guerra, que, según este diario, es equivalente a que un cirujano cobre extra por operar. La separación entre “sociedad” y “militares” es más tajante que en los otros periódicos, en buena medida explicable por un mayor compromiso ideológico, que expresa la aversión a las instituciones castrenses que ha caracterizado a la sociedad en su totalidad -pero con particular fuerza al progresismo y la izquierda- en la Argentina del renacer democrático de 1983 en adelante. La conmemoración oficial del 2 de abril fue la que cubrió más espacio en la prensa con motivo del aniversario de la toma de las islas. Cabe mencionar que oficialmente la fecha se denomina “Día del Veterano de Guerra y de los Caídos en Malvinas”; por lo tanto, el eje de los discursos oficiales suele pasar por la situación de los ex combatientes. Por eso mismo también en el año 2005 la cobertura periodística de la ceremonia se vio obligada a dar cuenta de los reclamos de organizaciones de veteranos, que presionaban al gobierno para obtener un reconocimiento económico y “moral”. La idea de una “deuda” de la sociedad para con los veteranos es repetida una y otra vez, complejizando así el “sentido común” antes mencionado de que la guerra es “de los militares”. La guerra es el hecho fundante de esa condición e identifica a ese grupo humano específico como acreedor de la sociedad; en este caso, entonces, sí se acepta que la guerra pertenezca a la sociedad. Los actores así delimitados son, por un lado, “los militares” (profesionales y, en general, altos mandos con responsabilidades políticas: cuando se los identifica, son el presidente Galtieri, la Junta de Comandantes y, como único ejemplo de un militar en el frente de batalla, el gobernador de las islas, general Mario Benjamín Menéndez) y, por el otro, “los veteranos” (conscriptos, suboficiales y oficiales sin capacidad de decisión). Los primeros, responsables de un conflicto absurdo e injusto; los segundos, héroes que merecen un reconocimiento (7). La guerra, ajena a la sociedad argentina en su conjunto, es un fenómeno que les pertenece a los militares y a los veteranos de distinto modo: como culpables o como víctimas.

Una excepción interesante la constituye una nota “de fondo” publicada en la revista *Viva de Clarín*, que acompaña la edición dominical, firmada por Beatriz Sarlo, en la que con inusual lucidez se intenta rastrear el grado de responsabilidad de “la gente común” en el conflicto con el Reino Unido, haciendo énfasis sobre todo en el apoyo popular que recibió el gobierno *de facto*. El reparto de culpas toca la situación de los excombatientes: “el nacionalismo territorial también produce guerras y, por supuesto, miles de víctimas, comenzando por los veteranos de Malvinas, esos hombres incómodos que durante más de dos décadas quedaron a la deriva, no porque la guerra fue una aventura loca de los militares, sino porque fue una guerra perdida” (*Clarín*, 3/4/05). Sin embargo, esa voluntad de establecer la responsabilidad de la sociedad, además de ser un caso particularmente aislado -explicable tal vez por la figura de Beatriz Sarlo, una intelectual profesional ligada a la academia que ha logrado una extraordinaria aceptación en los medios masivos de comunicación-, sigue separando entre “sociedad” y “militares”, como si éstos no fueran parte de aquélla o como si su llegada al poder (y su ejercicio, que incluye la decisión de retomar las islas por la fuerza y defenderlas) no tuviera nada que ver con la sociedad en su conjunto. Lo que resulta claro en este artículo, que, insistimos, constituye una excepción, es que la victimización de los veteranos no es producto únicamente de la “aventura loca de los militares”, sino también de haber sido ignorados y negados por la sociedad durante más de veinte años.

3.3. La derrota que es victoria

Definida así como un hecho externo a la sociedad y como perteneciente a sus enemigos, los responsables de la dictadura, en algunos casos la prensa sugiere, tímida o abiertamente, que haber perdido la guerra fue un hecho positivo. Para muchos, el conflicto bélico con el Reino Unido no marcó únicamente el comienzo del fin del gobierno de Galtieri y del “Proceso” en general, sino también de la posibilidad misma de gobiernos militares: el desprestigio que conlleva haber fallado en la función específica de las Fuerzas Armadas, la defensa del territorio nacional, sumado, claro está, al fracaso en los otros aspectos en los que ilegalmente intervinieron al hacerse cargo del gobierno obturó para siempre (o al menos por un largo tiempo que llega hasta hoy y al que no se le puede predecir un fin cercano) el golpe de Estado como salida a una crisis institucional (lo cual fue claramente confirmado en diciembre de 2001 y enero de 2002; aun así, el elemento central de ese desprestigio es la ya mencionada condena

prácticamente absoluta a los métodos de la represión ilegal). Una columna de opinión de *Clarín*, por ejemplo, dice con total contundencia: “la guerra de Malvinas hirió de muerte a la dictadura [...] ¿Qué habría ocurrido si ganábamos? [En otros países de América Latina] los militares condicionaron la transición democrática e impusieron silencio sobre los crímenes de la represión. La derrota de Malvinas, tristísima por los que cayeron, tan lejos de casa, fue una victoria de la democracia” (*Clarín*, 2/4/05). Como Pirro pasó a la historia por victoria que fue derrota, Galtieri parece obtener el dudoso mérito de haber conseguido una derrota que fue victoria (8).

¿Cómo es posible una visión semejante? Únicamente teniendo en cuenta la distinción que antes mencionamos entre “sociedad” y “militares”: los vencidos fueron “ellos”, no “nosotros”, puesto que la guerra fue “suya”, no “nuestra”. Los vencidos fueron, en última instancia, los enemigos de la sociedad que, aunque argentinos, no son vistos como pertenecientes a ella. En ese sentido, una representación tal de la guerra permite también preservar un orgullo nacional basado en el sentimiento de ser invictos. Los argentinos nunca perdimos una guerra y, como se solía mencionar hasta hace unos años en la promesa ritual redactada por Domingo Faustino Sarmiento, la bandera argentina no ha sido nunca atada al carro triunfal de ninguna nación de la guerra. En el imaginario colectivo, la guerra la perdió un general borracho que nadie había elegido y por eso la derrota fue una victoria para la sociedad argentina.

3.4. La memoria y los olvidos

La memoria que la sociedad se da a sí misma aparece como un modo de autoconservación: si los argentinos quieren mantener una identidad nacional, esa identidad tiene que constituir un valor positivo para poder identificarse. La memoria del pasado conjunto reinterpreta los hechos de la historia compartida, borra las incoherencias y hace énfasis en aspectos secundarios. En este caso, la Guerra de Malvinas es vista básicamente como una decisión incorrecta de un gobierno militar repudiable. El amplio apoyo social que esa decisión generó no puede ser interpretado de otro modo que como una manipulación del gobierno, convirtiendo a la sociedad en la víctima del conflicto. En la distinción ellos/nosotros que se construye, es decir, militares/sociedad, el subconjunto de los veteranos (que, insistimos en esto, incluye también a por lo menos algunos “militares”) se ubica dentro del nosotros, más víctimas incluso que el resto de la sociedad, complejizando esa distinción aparentemente prístina y volviéndola contradictoria. Por otro lado, su muerte y, sobre todo, la vida posterior al conflicto de los sobrevivientes, los hace acreedores de una deuda que, paradójicamente, no es de los militares (los victimarios en esta interpretación), sino de toda la sociedad; esto indicaría que algo de responsabilidad, aunque sea por omisión, puede ser atribuida a la sociedad. La paradoja, sin embargo, no parece ser percibida en la memoria colectiva, que suspende y olvida también esa incoherencia.

Esa forma particular de “engendrarse” -para retomar los términos de Hervieu-Léger- permite mantener unida la sociedad argentina a partir del recuerdo selectivo de un episodio particular de su historia. ¿Cuánto se puede recordar sin opacar la imagen que el “nosotros” colectivo se crea para sí mismo? No todo, definitivamente; ni el apoyo popular a la recuperación de las islas (excepto como parte de la manipulación del gobierno), ni la negación inicial de los ex combatientes, ni la pertenencia de muchos militares profesionales (por lo tanto, miembros del “ellos”) al grupo de veteranos que son vistos como héroes y acreedores de la sociedad. Por otro lado, dado que los militares son el grupo constituido como enemigo y dado que la guerra fue “de ellos”, la derrota entraña, en realidad, una victoria para la sociedad. La contradicción entre la “victoria de la democracia” y la pérdida de vidas y, por supuesto, de la soberanía territorial se sostiene en esa idea del “enemigo interno”. El Reino Unido apenas si aparece mencionado como el antagonista durante el conflicto y definitivamente no está representado como un enemigo actual de los argentinos, pese a que la usurpación territorial sigue vigente y pese a que, como aclaramos más arriba, toda la prensa sostiene la posición argentina respecto de la soberanía sobre las islas. La voluntad de recuperar las Malvinas aparece siempre ligada a la obligación constitucional de hacerlo por medios pacíficos y “respetando el modo de vida de sus habitantes”, en línea con el discurso oficial (9). Lejos está no sólo la posibilidad de una nueva guerra, sino también la idea de un enfrentamiento absoluto con el Reino Unido; la situación colonial es apenas mencionada y el énfasis se pone en los “errores” argentinos a la hora de convencer a los isleños y a los ingleses de sus legítimos derechos. Es más, en una nota de opinión en el diario *Clarín*, lisa y llanamente se propone como estrategia la asociación con el Reino Unido: “nuestra política exterior debe conseguir que Gran Bretaña considere a la Argentina como lo hace con España (*sic*): un verdadero socio y aliado” (*Clarín*, 2/4/05). El enemigo, entonces, no fue la potencia colonial, sino “los militares” que declararon la guerra y engañaron a la sociedad para que participara en ella.

Esta memoria social de la Guerra de Malvinas otorga grandes ventajas para mantener (o reconstruir) una identidad nacional: si por un lado delimita claramente a los “villanos” del relato en la historia argentina (en la guerra enfrentamos, en definitiva, a los mismos que nos torturaron y mataron en tiempos de paz), por el otro permite conservar la imagen de un pueblo guerrero y nunca vencido. Recordar de otro modo, no olvidar ciertas cosas, esconder otras distintas de las que se esconden, interpretar los hechos históricos

con otro sentido, construir, en definitiva, una memoria distinta provocaría mayores discontinuidades y resquebrajamientos en una identidad nacional ya bastante endeble. La voluntad de preservarla y reengendrarla, correlato de la tácita voluntad de pertenecer a una sociedad nacional, es lo que impide que la memoria de la Guerra de Malvinas sea más una amalgama entre los individuos que componen la nación argentina que el elemento de disolución que uno podría esperar de una derrota militar frente al enemigo histórico -derrota que, por otro lado, podría ser evaluada (aunque no se haga) como bastante vergonzosa: un mes y medio de enfrentamiento, el territorio continental sin ser atacado, miles de soldados prisioneros-. Recordar así, ver las Malvinas tras este particular manto de neblinas y no otro, permite, en última instancia, seguir existiendo como nación.

Notas

(1) Véase, por ejemplo, la colección de historia que puede ser considerada como “la más actualizada” (no sólo por los temas que aborda, sino también por el alto grado de capacitación de sus colaboradores, todos ellos investigadores científicos profesionales con una gran inserción institucional), elaborada por la editorial Sudamericana bajo la dirección de Juan Suriano, la *Nueva Historia Argentina*, cuyo último tomo apareció el año pasado.

(2) Debido a la especificidad de este trabajo, que trata más sobre la memoria de la guerra que sobre el episodio bélico en sí, evitamos dar más referencias sobre la situación previa a la guerra. Baste con saber que prácticamente desde que Inglaterra tomó por la fuerza las islas en 1833, los diversos gobiernos argentinos (incluyendo el de Buenos Aires hasta la consolidación del poder nacional en 1852-1860) reclamaron su devolución en negociaciones bilaterales y en foros multinacionales. Por otro lado, a través de la educación pública principalmente, pero también de otros artefactos discursivos (la historiografía, la literatura, la música, etc.), los argentinos consideraron que las islas eran argentinas y estaban en manos de una potencia colonial a lo largo de todo el siglo XX. Las “victorias” diplomáticas de Argentina en las Naciones Unidas en 1965 y 1966 (el reconocimiento de la situación colonial y de la integridad territorial como precedente a la autodeterminación de los pueblos y el llamado al Reino Unido y a la República Argentina a negociar la soberanía de las islas por parte del Comité de Descolonización y de la Asamblea General) así como tratativas bilaterales informales entre ambos Estados habían reavivado la esperanza de recuperar el ejercicio de la soberanía sobre las islas y también la presencia de la cuestión en la opinión pública. Finalmente, no se puede ignorar que buena parte de la historiografía y de otros discursos, a partir sobre todo del nacionalismo de los años treinta, construyó la imagen de Inglaterra como “enemigo tradicional” del país, desde las invasiones a Buenos Aires y Montevideo en 1806-1808 en adelante, incluyendo las versiones por izquierda y por derecha del colonialismo y el imperialismo inglés en el siglo XX.

(3) Esta conclusión, claro está, no pretende abarcar más que nuestro aquí y nuestro ahora: hablamos de una sociedad en los que los límites de la nación y los del Estado coinciden, aun tomando en cuenta reclamos de identidades culturales particulares (como grupos indígenas o minorías religiosas). Sin embargo, no pretendemos que pueda decirse lo mismo de otras zonas del planeta.

(4) Remitimos otra vez al trabajo de Baczo, quien analiza brevemente el modo en que el Estado-nación moderno requiere ciertas condiciones simbólicas: “el Estado no podía, sin embargo, evitar los emblemas, los signos simbólicos: banderas, escarapelas, condecoraciones...”. En ese sentido, Malvinas ha sido, para el Estado y para la nación misma, un objetivo común, un punto de dirección. Sería posible analizar toda un conjunto particular de símbolos sobre las Malvinas dentro del imaginario “general” de la nación: la Marcha de Malvinas, las escarapelas y banderitas con la silueta de las islas reemplazando al sol, el mapa mismo como representación fácilmente reconocible, etc.

(5) En aproximaciones posteriores planeamos analizar también el discurso de las artes (en particular la literatura y el cine), el periodismo televisivo y radiofónico, la historiografía profesional y ensayística y la memoria de distintos grupos sociales a través de entrevistas (sin que esta enumeración esté cerrada por completo).

(6) Hervieu-Léger explica, por otro lado, la fragmentación de una tradición en múltiples memorias como parte del avance moderno: “La crisis de esta memoria social total está en el fondo ligada a la emergencia de la modernidad, y acompaña el despliegue histórico de ésta. La afirmación del sujeto autónomo, el avance de la racionalización que disipa los ‘cosmos sagrados’, el proceso de diferenciación de las instituciones, implican el fin de las sociedades memoria. El hecho de que podamos diferenciar una memoria familiar, una memoria religiosa, una memoria nacional, una memoria de clase, etc., indica que hemos salido ya del universo ‘puro’ de la tradición”. Si en la modernidad ser religioso “no es tanto saber engendrarse como querer engendrarse”, es decir, si la relación con una tradición religiosa se basa en un compromiso individual que sacraliza el origen antes que en un origen sagrado que obliga al compromiso, lo mismo, *mutatis mutandis*, puede aplicarse a la relación que un individuo mantiene con el colectivo moderno por excelencia, la nación: más un deseo de pertenecer que un sentimiento “natural” de hacerlo. En ese sentido, la nación como “líquido” mantiene, sin embargo, su función a partir de esa voluntad (o, mejor, deseo) de pertenecer. Al mismo tiempo, producir una memoria (imponerla con artefactos discursivos) implica “producir” una autoridad; en el límite, si cada individuo inventara su memoria no habría dominación legitimada tradicionalmente, utilizando los términos de Weber.

(7) Incluso se puede hacer una distinción más sutil entre los miembros de las Fuerzas Armadas: los más recordados por su valor y heroísmo son los pilotos de la Fuerza Aérea. Una explicación de esto puede encontrarse, en parte, en el hecho de que la eficacia del combate aéreo fue superior a las del enfrentamiento terrestre y naval. Pero también podría señalarse cómo buena parte de los “eficaces” pilotos pertenecían a la Armada y no a la Fuerza Aérea, entre ellos los que estaban a cargo de los famosos Super Entendard. Esa imagen de una Fuerza Aérea heroica, un Ejército mediocre y una Armada inútil, si bien puede apoyarse parcialmente en el desempeño real de las tres armas, probablemente se nutra también de la representación que cada una de estas instituciones tiene en la sociedad a partir de su compromiso con la represión ilegal. La Fuerza Aérea siempre ocupó un lugar secundario en las “operaciones antisubversivas” y la participación de su personal, con perfil más técnico y profesional que las otras dos armas, fue sensiblemente menor. El Ejército y la Armada, en cambio, ocupan un lugar central, por diferentes motivos: si el Ejército proveyó el grueso de la conducción política de los gobiernos *de facto* y, en consecuencia, sus miembros fueron los responsables principales del planeamiento de la represión ilegal (además de ser largamente la fuerza más numerosa), la Armada tiene también un lugar importante en el imaginario colectivo de la represión a partir de algunos casos con alto valor simbólico: la Escuela de Mecánica de la Armada como centro de torturas, el papel del teniente Alfredo Astiz en el secuestro y asesinato de religiosas católicas y los “vuelos de la muerte” son vistos como extremos de la crueldad de la represión. La sociedad no quiere héroes entre los asesinos y por eso esa división entre las Fuerzas Armadas resulta imprescindible para la posibilidad misma de constituir a aunque sea algunos militares como tales.

(8) Éste fue, por otro lado, el argumento que Margaret Thatcher, primera ministra del Reino Unido, mas repitió para justificar la guerra frente a las presiones de algunos grupos de su país y el que la prensa inglesa eligió extremar con el mismo objeto: una democracia (Reino Unido) luchaba contra una dictadura (Argentina). *Ex post*, Thatcher se atribuiría también el logro de una democracia para la Argentina.

(9) El canciller Rafael Bielsa explica en un largo artículo de opinión en *La Nación* su "política de la paciencia infinita" (*La Nación*, 2/4/05), mientras que el presidente Néstor Kirchner afirma que "las Malvinas volverán a ser argentinas por el diálogo" (*Clarín*, 3/4/05) y respetando "el modo de vida de sus habitantes y el derecho internacional" (*Infobae*, 4/4/05).

Bibliografía

BACZKO, Bronislaw, *Los imaginarios sociales*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1991.

BAUMAN, Zygmunt, *La modernidad líquida*, México. Fondo de Cultura Económica, 2002.

Clarín, Buenos Aires, 1, 2, 3 y 4 de abril de 2005.

GEERTZ, Clifford, *La interpretación de las culturas*, Barcelona, Gedisa, 1997.

GIDDENS, Anthony, *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, Amorrortu, 1997.

HERVIEU-LÉGER, Danièle, "Catolicismo. El desafío de la memoria", en *Sociedad y religión*, 14/15, Buenos Aires, Cinap, noviembre de 1996, pág. 9-28.

INFOBAE, Buenos Aires, 1, 2 y 3 de abril de 2005.

LA NACIÓN, Buenos Aires, 1, 2, 3 y 4 de abril de 2005.

PÁGINA/12, Buenos Aires, 1, 2 y 3 de abril de 2005.

PARSONS, Talcott, *El sistema social*, Madrid, Alianza, 1984.

PORTANTIERO, Juan Carlos, "Economía y política en la crisis argentina (1958-1973)" en Ansaldi- Moreno, *Estado y sociedad en el pensamiento nacional*, Buenos Aires, Cantaro, 1989, pág. 301-346.

RENAN, Ernest, *¿Qué es una nación?: Cartas a Strauss*, Barcelona, Alianza, 2004.

TOURAINÉ, Alain, *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba, 1987.

WEBER, Max, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992.